

La Derrota de los Pedantes.

Esta obra no necesita prólogo : por eso no le tiene. Necesitaba notas ; pero el autor no ha querido ponerlas.

ESTABASE Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en un mullido catre de pluma : un mosquitero verde le defendía de pelusa y moscas ; la alcoba tenebrosa y fresca ; el palacio en profundo silencio ; y el dios bien comido, mejor bebido, y nada cuidadoso. Roncaba pues su reluciente Majestad haciendo retumbar las bóvedas ; y Mercurio, que se habia quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Pluton, por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se levantó tal estruendo en los patios, corredores y portalon del palacio, que parecia hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio ; dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pie, esto es, sin talaes, porque madama Terpsícore, la mas juguetona y revoltosa de todas las nueve, habia ido poco antes á la cama pasito á pasito, y se los habia quitado por hacerle rabiar. Afligióse sobre manera, y á tientas se puso los gregüescos, la chupa y la camisa ; porque es fama que el tal dios no puede dormir en verano si no depone todos los trastos, quedándose á la ligera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveidile de los dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano, y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto ; y al atravesar un corredor vió venir un burujon de gente que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena y el buen Ercilla conducian á Clio desmayada y casi moribunda, el peinado deshecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. «¿Qué es esto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo ; qué es esto ? — ¿Qué ha de ser ? respondió Juan de la Cueva, que venia haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuetes ; ¿qué ha de ser ? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las Musas cual mas cual menos estropeadas, y Apolo nuestro señor muy á pique de quedar por puertas si duerme cuatro minutos mas. — ¿Pero no sabremos.... — No hay mas que saber, añadió Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa, y acudir todos á la defensa, sin andarse en aquí me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro. — ¡Cáspita, dijo Mercurio, y en que lindo dia me he venido á comer á esta maldita casa ! Bien hacia yo en no querer admitir el convite por mas que

mi hermano me molía á recados todos los domingos: mi padre come mucho mejor que él, y mas me gustan dos tragos de néctar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe: no, si yo no fuera tonto, no me sucedería esto. ¡Majadero de mí que podría estar ahora en el Olimpo, mientras mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda! ¡Voto va mi fortuna!»

Esto decia Mercurio lleno de indignacion; y mientras unos llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á Esculapio que estaba herborizando en un tejado húmedo, y otros corrían desatinados de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ageno de lo que pasaba roncaba todavía como un provincial.

Dióle un pellizco, y otro y otro, y ni por esas podia despertarle; de manera que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado mascullillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia que entraron en el dormitorio dando alaridos y remesándose los pelos como unas desesperadas.

«¿Qué haces, hermano? le decian á Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Flegon para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitrán y ruedas de molino, ataje si puede nuestra desgracia. Ay! y dirásle

que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer gigote, sino un ejército el mas formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

—Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. —Ay, hijo mio; ¿descalabrado estás? dijo Erato: pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿Te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales? —No sé quien me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedición? —No son esos, replicó Polimnia; ni ¿como era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantes, copleros ridiculos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versucillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan, y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina: unos, que hacen tráfico del talento ageno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas; otros, que no habiendo saludado jamás los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del Cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire ma-

gistrál de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demas. Otros y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aquí y de allá, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español, estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos en fin, los que haciéndose intérpretes de la Nación que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados Príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al Cielo al mas piadoso de sus Reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demas. Pero ¿qué me detengo?... Misera!... Corre, y verás por tí mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las Musas castellanas se perdieron para siempre.»

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detrás de él se despepitaba por la pérdida de sus talaes. De esta manera iban que volaban á puto el postre; y el estruendo militar crecía por ins-

tantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcázar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque segun su número no parecían otra cosa) se combatían furiosamente al pie de la escalera principal; el uno defendiendo el paso de ella; y el otro, que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendían. El ejército amigo se componía de las guardias y dependientes del palacio, y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistían con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las Musas, esto es, siete de las nueve, porque Caliope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias Ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatían en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que había unido por casualidad el furor, y peleaban sin orden ni disciplina, ni gefes que los gobernasen; pero con tal impetu y desesperado arrojó, que entrambos dioses recelaron mucho del éxito que podría tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astro-sa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacían prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temían verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con mas ventaja,

aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos, tanto, que al escucharlas comenzó á temblar de pie y de mano como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobre manera viendo subir á Terpsícore muy llorosa y cariacontecida, con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos trístimos, «¡Ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen; Quevedo y Cervantes ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban; los enemigos se aumentan sucesivamente; no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

—¿Y mis zapatos? dijo Mercurio; ¿qué hiciste de ellos? en donde me los has puesto, picarona? — Ahí los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera; pónelos aprisa, que para escaparte son que ni pintados. —¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cuclillas y atándose á toda prisa las correhuelas de los escarpines aligeros: ¿yo escapar? no en mis días: ahora sí, escapar: dejadme á mí, y veréis quien es Calleja.»

Dicho esto se disparó por los aires adelante como un cohete; y encaramándose á las bóvedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes. «¡Ah de abajo! decía, ¿qué tremolina es esta? ¿Qué locura se os ha metido en los cascós? ¿Así se profana el alcázar de mi hermano? ¿Estamos en algún bodegon? Canalla soez, ¿qué es esto?»

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algún tanto la pelea: alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse; y él, valiéndose de la turbacion que su presencia les habia causado, prosiguió diciendo: «Mi hermano Apolo quiere que dejéis las armas por una y otra parte; y á vosotros, quien quiera que seáis, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretension tuvieris, me la digais al instante, sin andaros en ambajes ni tranquilas, que como ella sea justa, desde luego quedaréis servidos; porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses.»

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos recogiendo algunos heridos, se hicieron un peloton. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañifaba diciéndoles que callasen y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado, pues, de ver que nada podia lograrse de bien á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: «Puesto que no es posible haya union en vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitais, he pillado á este para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habeis querido

decir; pero entretanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotros pasaréis tampoco de la linea de estos arcos; nadie se atreva á insultar á otro; no hagan gestos, ni se tiren chinarritos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, y cuenta con ella: porque si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegais á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recién buidos, y todos ellos sin estrenar.» Esto decia el dios del babeo únicamente para atemorizarlos; porque segun se supo despues, no habia en toda la casa mas instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpómene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate; las tropas se retiraron á los parajes señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillan que habia pescado, asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dejaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchon sucio que habia servido muchos años de carbonera, metió en él su presa; torció la llave, colgóse la del dedo meñique, y en un santiamen buscó á su hermano que estaba hojearlo á toda prisa *El Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponiendo un plan de fortificacion y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni mas ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en extremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio: tratóse de lo que en el caso convenia,

y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza; que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traído, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier esceso; y en fin, que mientras durase la grave escena, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fue á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso: asomóse de camino á un agujero que caía al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fue en derecha á la carbonera donde estaba su hombre: escuchó un poco por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro habia ya compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala suerte y llorando su prision como pudiera el mismo Macias.

«¡Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y que pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es este el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¿No ha nada que entró en el eisquero, y ya tenemos coplillas de pie quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida que el tal improvisante debe de tener manejo y vena.»

En esto le abrió la puerta del cochitrit diciéndole muy halagüeño: «Salga acá afuera, señor galan, salga

acá afuera, que ya he llegado á entender su habilidad: salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

— ¡Oh favor! exclamó el de los ovejales, ¡oh favor! y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los pies una y muchas veces. El dios se resistía, pero no lo pudo evitar; levantóle con mucho agasajo, y el poeta sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenía en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridicula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podía contener la risa.

— ¡Que es posible, decía arqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, que es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo númen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! Pero ¿es cierto, soberano Alípede, es verdad, ó ilusión dulce de mi deseo? ¿Es realidad física, ó estravío de la imaginación fervida? ¿Es soporoso nocturno raptó, que en la atezada caligine... — No es caligine, ni raptó atezado, ni cosa alguna de las que habeis dicho, replicó Mercurio: mi hermano os quiere ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad que trateis de no hablarle en culto, ni le juguéis del vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcon y le obedecerán al punto.

— ¿Qué decís, inclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿tanta cólera podrá haber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible. — Si es posible ó no,

añadió Mercurio, veréislo despues; y vuelvo á avisaros que si no dejáis esas gallardías de estilo, lo habréis de pasar muy mal, señor repentista. — *Sileo libenter*,» dijo el poeta; y en estas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio y vió que aun no habia venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetía tantas veces, que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

— ¡Que variedad! que diferencia! que opuestos polos! exclamó entonces con voz recalcada y nasal: aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡que variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quien dirá que un hombre como yo, de tan esquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y oscurecido entre el vulgo, *profanum vulgus*, sin que un *Mecenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y que he conseguido? ¿Animas benditas! ¿qué he conseguido? Diganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratónados en mi guardilla, que jamás verán la luz pública: ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Pauperiam pati*, que dijo el anónimo: esto es, pau-

periam la pobreza, *pati*, sea para tí que yo no la quiero: tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones más doctos es abominada. ¿Y qué obras son estas que conservó? qué felices partos? ¡Ahí es nada! ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios.... ¿Que tal? digo, *quid tibi videtur?* Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegiaco, satírico, epigramático, didascálico y mixto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevención, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear. ¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿Qué diré sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la oscuridad de la carbonera, y á los cendales aráchneos que me cubrían? Pero que sonetos! qué madrigales! qué romances! qué estambotes! qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, celos de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió

en las demas la naturaleza... ¡Ay mi dulce Nise! ay idolatrada señora mía! Esta, pues, Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesion, segun consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi Coleccion manuscrita), esta es la que encendió mi númen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea citara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendria diéz y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias. Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que como llevo dicho vulneró mi corazon en los adolescentes años, he llorado desvíos, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolucion de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí, si quereis la prueba, unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamacion de nuestro Soberano: dicen así ni más ni menos, *favete linguis*:

El día diez y siete del corriente,
A cosa de las nueve ó nueve y cuarto
De la mañana, se juntaron todos
Los señores que estaban convidados.
Y como era preciso, cada uno
Llevó á la fiesta su mejor caballo;
De manera que cosa más lucida
Ni se ha visto jamás ni se ha pensado.
Todos iban de gala, como digo,
Con vestidos muy ricos, bien cortados,
Los más con bordadura, y los restantes
A cada cual mejor (si no me engaño).
Pues como llevo dicho, se dispuso
La cabalgata, y luego muy despacio
Cogieron y se fueron á la villa,
Segun estaba ya determinado.
Y al llegar á la puerta.....
— Basta, basta, dijo Mercurio, no